

LAS DROGAS: ASPECTOS ECONÓMICOS, CULTURALES Y PSICOLÓGICOS

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE

Las alienaciones del ser humano

En un sentido muy amplio, se puede catalogar como droga cualquier tipo de influencia sobre el psiquismo humano, que repercute con mayor o menor fuerza en la conducta y reacciones de la persona. Bajo este concepto tan generalizado, todos somos de alguna manera drogadictos, pues nadie puede evitar sentirse condicionado por múltiples estímulos que afectan —y a veces mucho más de lo que uno sospecha— a nuestra propia psicología y formas de actuar. El que tales elementos sean, en ocasiones, inconscientes no significa negar la importancia y realidad de ese influjo que limita la autonomía de las decisiones. Existen múltiples acciones que tienen como finalidad alienar al individuo para sacarlo del mundo en el que vive sumergido; para que olvide sus problemas; para que acepte las ofertas que se le presentan, para que no piense ni se preocupe por aquello que no le interesa a otros; para que opte, sin mayor reflexión, por otros objetivos que él mismo no se había propuesto.

Desde esta perspectiva, la propaganda, el juego, el fútbol, la televisión, y hasta el mismo trabajo, etc., pueden llegar a la manipulación psicológica que altere la supuesta libertad de la persona. El mal no se encuentra en los objetos apetecidos, sino en el carácter alienante que revisten en determinadas situaciones, cuando pierden su función de entretenimiento, descanso o diversión, para convertirse en una necesidad que esclaviza.

Ahora queremos centrar nuestra reflexión sobre aquellos productos que, ingeridos por el organismo, provocan nuevos estímulos, sensaciones, estados de ánimo, al margen del sentido terapéutico que también podrían tener¹. Según los

¹ Para un conocimiento sencillo y completo de todos estos problemas, cf.: R. DRAPER MIRALLES, *Yo me drogo, tú te drogas, él se droga...*, Plaza Janés, Barcelona 1986; AA.VV., *La droga sin tapujos*, Sal Terrae 1988; L. MARÍN TUSQUET- M. MURCIA GRAU, *Conceptos fundamentales de drogodependencias*, Herder, Barcelona 1988; *Para aclararse con la terminología, características y efectos de la droga*: Pastoral Misionera n° 170 (1990); K. LEECH, *Lo que todo el mundo debe saber sobre la droga*, Plaza Janés, Barcelona 1993.

efectos que causen, ya se ha hecho clásica la división en cuatro grupos de las sustancias psicoactivas.

Las *eufóricas*, que proporcionan placer, bienestar, sensación de tranquilidad interior. Son todas las obtenidas del opio, por la presencia de alcaloides bien conocidos, como la morfina o la codeína u otros derivados sintéticos, como la heroína y todos los opiáceos fabricados por los laboratorios como remedios muy activos contra el dolor. Son los productos más utilizados de los verdaderos toxicómanos y los que resultan más peligrosos, pues crean una mayor dependencia psíquica y física más difícil de superar por el síndrome de abstinencia (mono); y la tolerancia obliga, aún más que las otras, al aumento progresivo de la dosis para producir los mismos efectos que antes se conseguían con menor cantidad. Las *excitantes*, como las anfetaminas y la cocaína, que estimulan la mente, evitan el cansancio y dan nuevas energías. Las primeras, sobre todo, además de su utilización médica, son conocidas también por los estudiantes y deportistas para mejorar su rendimiento. Las *hipnóticas* proporcionan un estado de sueño o ebriedad, como son todos los productos barbitúricos, que se caracterizan por la necesidad que provocan de ingerir una cantidad cada vez mayor para que sean eficaces, pero con grave peligro para la vida, pues, a partir de un cierto nivel, la dosis puede provocar un coma del que no todos se recuperan. Muchas muertes de drogadictos, como bastantes intentos de suicidio, son consecuencia de estos productos². Las *alucinógenas*, finalmente, son capaces de provocar alucinaciones, distorsiones de la realidad, falsas imágenes, sensaciones inéditas, como si se tratara de un *viaje* por un mundo desconocido. El LSD, un derivado sintético, es uno de los más usados y conocidos. Algunos incluyen en este grupo al cáñamo indio y sus derivados (marihuana, hachís), ya que también producen sensaciones parecidas, aunque a una escala mucho menor, que los acercan más a una sensación de euforia.

Algunas de estas sustancias, producidas por la naturaleza, son manipuladas después por procedimientos físicos o químicos, dando lugar a otros productos sintéticos que forman parte también de muchos compuestos farmacológicos. Los robos en las farmacias y la falsificación de recetas, que suponen una fuerte pérdida para la Seguridad Social, son hechos demasiado frecuentes entre los consumidores. Según los efectos más o menos perjudiciales y el grado de dependencia y tolerancia que provocan, suelen dividirse entre drogas duras (morfina, heroína...) y blandas (hachís, cocaína...).

² Aunque no revisten la misma gravedad, la mayoría de los somníferos y de los tranquilizantes entrarían dentro de este grupo. El abuso de estos productos, al margen de los casos terapéuticos, aumenta de forma progresiva y preocupante. Cf. E. ELLOY-GIRAUD, *Les tranquillisants: Études* 372 (1990) 783-795; S. AMAR-CL. BARAZER, *La tranquillité sur ordonnance, ou la réponse BZD: Esprit* 165 (1990) 46-53.

El fenómeno de la drogadicción

La existencia de la droga no es un problema actual. Desde los tiempos más remotos de la historia se conoce su utilización y los efectos que causaban su consumo. Son muchos los documentos que demuestran el uso de estas sustancias, al margen de su carácter terapéutico. Ya Homero hablaba de que los *antiguos* empleaban un brebaje para olvidar el dolor y la desgracia. Herodoto hace referencia al cáñamo indio, que se remonta al siglo IX antes de Cristo, con cuyo humo los hombres se emborrachaban en torno al fuego como otros lo hacían con el vino. En Asia Menor y en Egipto se han encontrado vestigios de su empleo. Es bien conocida la frecuencia con que lo utilizaban los hechiceros de la Edad Media, hasta el punto de tenerse que regular su venta y circulación por decretos reales. De la misma manera que Felipe II tuvo que intervenir durante la conquista de América para evitar los abusos que ya se daban con el tráfico de la coca, del que no estaban ausentes algunos clérigos. Y, más reciente, hay que recordar la prolongada crisis diplomática entre China, que se oponía a la venta de opio cultivado en la India, y el gobierno inglés que consideraba «inoportuno abandonar una fuente de ingresos tan importante»³.

El hecho mismo de que a una determinada sustancia se la considere como tal o pierda su carácter de tóxico está, en gran parte, determinado por la cultura. El empleo de la coca, por ejemplo, entre los pueblos andinos forma parte de su cultura milenaria y constituye un símbolo de comunicación social y amistosa, un producto indispensable para su trabajo y salud, un rito religioso para momentos difíciles o para circunstancias especiales, que todo el mundo acepta con la mayor naturalidad, como en nuestros ambientes nadie condena el tomarse una copa con los amigos. En un documento del CELAM sobre el narcotráfico, los obispos defienden el uso lícito de la coca como un signo, incluso, de la propia identidad étnica⁴.

La historia del uso de drogas viene, por tanto, desde muy atrás, pero lo que hoy preocupa, a diferencia de otras épocas, es el aumento impresionante que se ha ido dando en los últimos años. En algunas encuestas, aparece como el problema social más importante, por delante, a veces, del paro y del terroris-

³ Estos y otros datos interesantes pueden verse en los trabajos de B. BALLESTER, *El tráfico y consumo de drogas tóxicas en la legislación histórica española* y de A. BERISTAIN, *Dimensiones histórica, económica y política de las drogas en la criminología crítica*, publicados en AA.VV., *Delitos contra la salud pública*, Instituto de Criminología de la Universidad, Valencia 1977. También en V. OCTAVIO APARICIO, *Drogas y toxicomanías*, Editora Nacional, Madrid 1972, y en R. DRAPER MIRALLES, *o.c.* (n. 1).

⁴ CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *La droga se vence con la justicia*: Boletín del CELAM n° 253 (1993).

mo⁵. Más del 60%, entre los menores de 45 años, conoce a algún drogadicto. Y un 10% de las familias españolas se encuentran afectadas por la presencia de un toxicómano⁶. A pesar de las campañas preventivas, de las leyes dadas contra el tráfico y venta de estupefacientes, de los alijos incautados, de los centros de rehabilitación, el número de toxicómanos sigue aumentando. Y es que las causas de un fenómeno como éste son demasiado complejas para encontrar la solución eficaz por un solo camino. Quisiera recoger, entonces, con brevedad aquellas que inciden con mayor fuerza para comprender mejor las graves dificultades que hoy se nos presentan en nuestra lucha contra la drogadicción.

Aspectos económicos

Algún experto del Fondo Monetario Internacional (FMI) se atrevió a pronosticar que, en el caso de que disminuyera de forma significativa el consumo de drogas ilegales, podría producirse una crisis bancaria internacional⁷. La afirmación no es una simple exageración retórica, si tenemos en cuenta el potencial económico que supone para muchas personas, para todo el mundo relacionado con el narcotráfico, incluidos algunos bancos, y para las mismas arcas de ciertos Estados. Aunque no es fácil una valoración exacta, se supone que el mercado de la droga puede mover en la actualidad unos mil millones de dólares, cifra que lo coloca como el segundo mayor negocio, después de la venta de armas. Un mundo gigantesco de intereses económicos del que muchos se aprovechan, como veremos, pero con una enorme desigualdad.

Beneficios personales: con la droga se combate el hambre

Cualquier análisis geográfico demuestra que las drogas son un producto cultivado en su mayor parte por pueblos hundidos en la miseria y que no tienen, por tanto, otra fuente de riqueza. Para los campesinos de muchos países de Oriente, África y América Latina es el único producto de la agricultura que les resulta competitivo en los grandes mercados. Es cierto que cualquier otro

⁵ J. ELZO (dir.), *Jóvenes españoles 1994*, Fundación Santa María, Madrid 1994, pp. 42-43. Ver también M. SEGURA, *La droga, una escalada preocupante*: Proyección 36 (1989) 3-14; AA.VV., *La droga*: Pastoral Misionera n° 170 (1990); AA.VV., *La drogodependencia en España*: Cuadernos de Realidades Sociales 39-40 (1992); M.A. SAN GREGORIO, *El problema de la droga*: Cor Unum 48 (1993) 135-161; J.M. CAMACHO, *Consumo de drogas*, en AA.VV., *Tendencias sociales en España (1960-1990)*, BBV, Bilbao 1994, vol. III, 193-211.

⁶ A. DE MIGUEL, *La sociedad española 1993-1994*, Alianza Editorial, Madrid 1994, 555-563. Aquí puede encontrarse también un análisis más detallado sobre el consumo de drogas, según los estudios realizados, clase social, religión, tendencias políticas.

⁷ M. LEVINE, *La guerra de las drogas en los Estados Unidos: el gran fraude basado en la gran mentira blanca*, en AA.VV., *Drogas, Desarrollo y Estado de Derecho*, Universidad de Deusto, Bilbao 1995, 226.

cultivo de estas regiones podría venderse a precios muy inferiores a lo que valen en otros países desarrollados, por el menor costo de su producción en la mano de obra y la riqueza de sus tierras. Sin embargo, la ayuda que los estados ricos otorgan a sus agricultores permiten que sus productos se vendan después a un precio muy por debajo de su coste, sin que esto suponga ninguna pérdida para aquellos. En estas condiciones, los países pobres jugarán siempre con una gran desventaja, sin posibilidad de introducirse en otros mercados. No olvidemos que el 85% de la población rural en Bolivia, el 67 % en Colombia, y el 68% en el Perú viven, por citar sólo algunos ejemplos, en un nivel alarmante de pobreza.

En estas circunstancias, las plantaciones de droga suponen un alivio enorme para sus economías miserables. La renta de la coca, como está comprobado, es 50 veces superior a la de cualquier otro producto agrícola. Y si el cultivo del café les produce una ganancia de 3.000 dólares en dos años, la coca les reporta unos beneficios de 54.000 dólares en el mismo tiempo⁸. El mismo jornal que no excede de los 3 dólares diarios para los trabajos del campo, los cultivadores de droga lo pagan a 14. Cuando no se ofrecen otras alternativas, ningún pobre desea que le quiten sus medios de subsistencia. Combatir las plantaciones de coca o de amapola es fomentar el exterminio de los que solamente pueden sobrevivir con la ilegalidad. No es extraño que *Sendero Luminoso* se haya convertido en el gran defensor de los campesinos, aunque después se aproveche de ellos para exigirles un impuesto de protección. Y es que no parece exagerado afirmar que «con la hoja de coca combatimos el hambre»⁹.

De hecho, la crisis económica en muchos países ha fomentado su cultivo, como una forma rápida y asegurada de ganar dinero. Las espectaculares ganancias que generan las drogas han creado y desarrollado una actividad industrial, comercial y financiera de envergadura. «Este inmenso negocio ha encontrado el medio apropiado para su expansión y desarrollo en la creciente pobreza de amplias zonas del mundo, marginadas de los beneficios del comercio mundial y que encuentran en esta mercancía la única con ventajas comparativas en el intercambio mundial»¹⁰. La deprimida economía de estas zonas impide que los gobiernos endurezcan su política contra el cultivo, cuando la supervivencia de muchas personas depende de este comercio. En Ketama, por ejemplo, una región entre Alhucema y Tetuán, existe una importante industria artesana,

⁸ Ver el trabajo de C. AMAT Y LEÓN, *La economía del narcotráfico en los países productores*, en AA.VV., *El impacto del capital financiero del narcotráfico en América Latina*, CERES, La Paz 1990.

⁹ D. HERRADA, *Con la hoja de coca combatimos el hambre*, en AA.VV., o.c. (n. 7), 53-66.

¹⁰ L. GURIDI, *Narcotráfico y desarrollo*, en AA.VV., o.c. (n. 7), 83-100, la cita en 84-85. Aporta abundantes ejemplos. También A. LABROUSE, *El planeta de las drogas*, Mensajero, Bilbao 1994.

bajo la que se esconde un centro de distribución de hachís, del que vive el 75% de su población. Algo parecido a lo que sucedería en España, si se prohibieran todos los negocios relacionados con el vino o el tabaco y se quedaran por encima de las 600.000 personas sin sus correspondientes ingresos.

El negocio del narcotráfico

El beneficio económico repercute también en toda la escala de distribuidores, desde los pequeños *camellos* que la distribuyen por las calles, hasta las grandes mafias de narcotraficantes que se encargan de explotar a los campesinos y de obtener los mayores beneficios. Muchos de los drogadictos tienen que dedicarse también a la venta para conseguir el abundante dinero que necesitan para su consumo, además del enriquecimiento rápido que se obtiene. Este proceso, que va desde el pobre agricultor hasta el drogadicto, supone un encarecimiento progresivo para que todos los que intervienen obtengan su correspondiente ganancia. Así un kilo de heroína que vale unos 14 millones de ptas. alcanza los 35 en el mercado de los distribuidores. Y los 8 millones de la cocaína se convierten en 17. Con la, además, de que para que los beneficios sean mayores se mezcla con otras sustancias, con un grave riesgo para los consumidores. La calidad del producto no está garantizada ni existe la posibilidad de hacer una denuncia por el fraude. Bastantes muertes de toxicómanos han sido consecuencia de estas adulteraciones para conseguir mayores dosis, pero con el mismo precio que si se mantuviera su pureza primitiva. La dependencia que origina la droga hace que la clientela esté asegurada y dispuesta a todo lo que sea necesario para satisfacer esa necesidad. Un interés económico que fomenta el proselitismo para enganchar a otras personas y buscar nuevos clientes¹¹.

Es cierto que los grandes beneficiarios no son nunca el campesino que la cultiva ni los encargados últimos de su distribución, sino los grupos organizados que se encargan de adquirirla a precios muy bajos para ir subiendo su cotización a medida que se reparte en otros niveles para su venta. El problema de las mafias se encuentra todavía a medio camino, y muchos creen que, por parte de los gobiernos, hay intereses ocultos que impiden una eficacia mayor. Los capitales del narcotráfico ayudan en los procesos de privatización de las empresas públicas, realizadas muchas veces sin razones objetivas, e impuestas como requisito para otorgar nuevos créditos o para hacer efectivos los pagos de la deuda externa. Esta asociación entre los capitales del narcotráfico y los intereses económicos de grupos y organizaciones es un caldo de cultivo fecundo

¹¹ C. IZQUIERDO MORENO, *La droga en la escuela*: Revista de Fomento Social 45 (1990) 419-431.

para el fenómeno de la corrupción. La lucha contra la droga resulta con mucha frecuencia ineficaz, no por falta de medios, sino por una tolerancia premeditada que no quiere llevar a fondo la investigación. Se condena con rigor a pequeños intermediarios y se hace la vista gorda sobre las grandes mafias responsables del negocio y que agradecen los servicios prestados.

Un antiguo policía, buen conocedor de estos ambientes, publicó *The Big White Lie*, donde aporta multitud de datos para demostrar la falsedad de muchas condenas: «Según mi opinión, existe una clara evidencia de que muchos altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos han cometido, de manera consciente, un enorme fraude ante su propio pueblo y ante el resto del mundo. En las últimas tres décadas, ha convencido a su propio país y a otros muchos, sobre la necesidad de una guerra internacional para detener el flujo de las drogas, mientras que, al mismo tiempo, ha llevado a cabo una política secreta para apoyar y proteger a los principales traficantes y blanqueadores de dinero del planeta»¹². La colaboración interesada no es patrimonio exclusivo de un solo país, pues todo depende de los beneficios que se reciban por encubrir estas prácticas.

El impacto macroeconómico

Algo parecido sucede también con muchos bancos, entre los que están involucradas entidades conocidas de España, que obtienen espléndidos beneficios con el blanqueo del dinero negro, mediante una serie de operaciones que impiden conocer su procedencia. La preocupación que estas entidades manifiestan antes de hacer cualquier préstamo, se diluye por completo cuando se trata de abrir cuentas que ellos sospechan muy bien cómo se han conseguido. Si los clientes vienen a depositar capitales, no interesa conocer los procedimientos utilizados, aunque la legislación los condene como verdaderos delitos. Es decir, no quieren perder el dinero que prestan y, por eso, investigan a sus clientes, pero no arriesgan nada, económicamente hablando, al aceptar el dinero sucio que se les ofrece, con la justificación de que ellos no son policías. Lo que sí está claro es que muchas de estas operaciones no podrían realizarse sin la colaboración y ayuda del sector bancario. Una vez más, los beneficios económicos se defienden por encima de cualquier consideración ética¹³.

La misma economía de bastantes países encuentra en estos productos una fuente de importantes ingresos. Por muchas campañas que se hagan contra el

¹² M. LEVINE, o. c., (n. 7), 223.

¹³ J. PANIAGUA, *La lucha mundial contra la droga... ¿una batalla perdida?*: Revista de Fomento Social 46 (1991) 247-269; G. SALVINI, *Narcotráfico e commercio internazionale*: La Civiltà Cattolica 145/1 (1994) 25-35; Véanse también los interesantes trabajos de S. BLIXEN, J. BUFFLE y B. GARZÓN, en AA.VV., o. c. (n. 7), 103-148.

tabaco y el alcohol, a ningún ministerio de Hacienda le interesa que bajen su venta y consumo, pues las cantidades que se recogen como impuestos constituyen una de las entradas más importantes para el erario público¹⁴. Lo que se afirma del tabaco y del alcohol hay que aplicarlo, en proporciones mucho mayores, a los beneficios que otras drogas generan en los países menos desarrollados. Para algunos no ha sido sólo un factor de subsistencia en el mundo campesino, sino una forma de aminorar la deuda externa que los hubiera empobrecido aún más y de obtener divisas que no se habrían conseguido por otros caminos¹⁵. Los capitales de la droga están jugando un papel determinante en la economía neoliberal de bastantes países y exige una cierta complicidad con el fraude organizado.

Es evidente, por otra parte, que un desarrollo tan floreciente de la droga no puede explicarse únicamente por los intereses económicos que están en juego. Aunque sea un factor importante, este negocio no hubiera progresado tanto sin otras ayudas que también han condicionado su crecimiento constante.

Aspectos culturales

Hace ya tiempo que todos estamos preocupados por nuestro ecosistema. El respeto ecológico a la naturaleza es una condición necesaria para un equilibrio sostenible de la vida humana. Desde esta perspectiva hay que crear un hábitat, donde la persona evolucione en armonía con todos los elementos restantes de la creación. Pero además de los diferentes mecanismos biológicos que posibilitan nuestro bienestar presente y de cara al futuro, tal vez no se haya subrayado con la misma fuerza el clima cultural en el que todos nos desenvolvemos. Sin esa capa que también nos rodea y protege, se hace difícil la humanización del ser humano. No hay que caer en ningún determinismo exagerado, negando la autonomía y responsabilidad de nuestras acciones, para admitir que la sociedad tampoco es ajena al problema de la drogadicción. Aunque sea con brevedad, vale la pena reflexionar sobre estos influjos.

¹⁴ Aunque en nuestra cultura el tabaco y el alcohol no se consideren como una verdadera droga, al margen de las discusiones que puedan darse sobre este punto, nadie puede negar sus consecuencias nefastas para la salud y el bien social. Las estadísticas reflejan unos datos reales. En teoría, un auténtico fumador se puede quitar 8 ó 10 años de vida, además de los que roba a los que soportan el humo de forma involuntaria. El 70% de los delitos de sangre está relacionado con el alcohol, al que se encuentran enganchados 1.600.000 de españoles, según datos recientes de la Compañía Merk Farma y Química, aunque son más de 4.000.000 los que se encuentran afectados por este problema. Y un 30 ó 35% de los accidentes en carretera se debe a un consumo excesivo. Cf., AA.VV., *Alcohol y adolescencia. Hacia una educación preventiva*, Editorial CCS, Madrid 1994; J.I. DE ARANA, *Los jóvenes y el alcohol*, Libros MC, Madrid 1995.

¹⁵ Cf. A. THOUMI, *Economía política y narcotráfico*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá 1994. A. DA SILVA, *Os laços económicos das drogas*: Brotéria 138 (1994) 275-299. M. CHOSSUDOWSKY, *Deuda global, política macroeconómica y lavado de dinero*, o.c. (n. 7), 25-38.

La urgencia de un proyecto existencial

El hombre llega al mundo con un cierto defecto de fabricación. Es el animal que nace con mayores carestías y necesidades. Aunque la sociobiología haya descubierto en la conducta humana estructuras semejantes al comportamiento de los animales, existe una frontera cualitativa que separa con nitidez ambos mundos. Incluso aparentemente, habría que decir que los seres irracionales se encuentran mucho mejor dotados para actuar, a través de sus mecanismos biológicos teleológicamente ordenados al bien individual y de la especie. Su orientación resulta tan perfecta y adecuada que sólo tienen que dejarse llevar, sin necesidad de poner ningún reparo, por el dinamismo interno de sus propias tendencias. La originalidad biológica del ser humano se constata por su menesterosidad. Es el mamífero más frágil e indigente, como si se tratara de un alumbramiento prematuro, pues no posee la riqueza instintiva del animal para adecuarse con el medio que le rodea. El diseño de su naturaleza no es suficiente para enfrentarse a todas las amenazas de la realidad.

Sin embargo, el ser racional está dotado de una capacidad superior para situarse en el mundo. A pesar de que su ajustamiento no está regulado por la naturaleza biológica, goza de un *plus* cualitativo para adaptarse con su libertad al ambiente en el que vive. Está llamado a conseguir, con su esfuerzo y trabajo, la tarea que no le facilitan sus estructuras naturales. Cuando Freud definía al niño como «un perverso polimorfo»¹⁶, expresaba de otra manera esta misma verdad. Si en el animal los estímulos suscitan una respuesta adecuada, la persona requiere una orientación libre para canalizar las fuerzas anárquicas y desestructuradas hacia una meta voluntaria, que no conseguirá dejándose conducir pasivamente por ellas. El principio del placer, que buscaría su satisfacción inmediata y descontrolada, deberá moderarse por el principio de la realidad, que controla y pone fronteras a los excesos inmoderados del primero.

Pero para realizar esta tarea lo que necesita, por encima de todo, es saber hacia dónde quiere dirigirse; qué sentido desea darle a su vida; en función de qué modelo pretende configurar su existencia, ya que su libertad le capacita para tomar decisiones y elegir un destino. La *angustia existencial*, de la que tanto han hablado los filósofos, no brota por el miedo ante cualquier amenaza, es algo mucho más profundo que surge por el simple hecho de vivir. Frente al dolor, la culpa, el mal, la muerte, y tantos otros misterios con los que tropieza no tiene más remedio que preguntarse qué sentido tiene su vida. Desde el momento en que no se hallara respuesta a este interrogante, el suicidio aparece-

¹⁶ *Una teoría sexual*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1973, 1205.

ría como la única opción sensata¹⁷. Uno de los autores, que más ha subrayado esta urgencia, nos recuerda que «la primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrarle un sentido a su propia vida»¹⁸.

Hasta desde el punto de vista psicológico, cuando se ha tomado una determinada orientación, se produce una reestructuración de toda la personalidad, un reajuste interior que equilibra y madura a la persona, pues sabe ya lo que hay que elegir o a lo que hay que renunciar, evitando una conducta demasiado periférica y fragmentada. La complejidad de la existencia requiere establecer prioridades, jerarquías, escalas de valores, que permitan una solución coherente de los diferentes conflictos, pero todo en función de un proyecto último. Quiero con ello decir que, sin este sentido, meta o ideal, el vacío se introduce por el interior y habrá que buscar compensaciones por otros caminos. No sería exagerado afirmar que esta crisis se da en el mundo moderno, cuando tanta gente se deja llevar por la rutina e inercia, con el único deseo de disfrutar lo que se pueda, pero sin nada de fondo que valga la pena y llene de mayor ilusión y optimismo la existencia limitada. Hay que aprender a des-vivirse por algo; es decir, mostrar interés y solicitud por alguna idea o persona, que importa más que la propia vida. Cualquier otro camino conduce hacia la desmoralización, cuando ya no existen ilusiones ni deseos de continuar en la lucha. La persona se reduce a la categoría de objeto pues, en lugar de ser artesana de su historia, se deja pasivamente conducir por los acontecimientos de la realidad que le superan.

Función protectora de la cultura

Naturalmente esto supone riesgo, una cierta osadía, apostar la vida por algo que convence y se vislumbra como objetivo. Pero esta tarea, aunque sea muy personal, supera la esfera del individuo. No se trata sólo de elegir una profesión o comprometerse con una persona, sino de luchar por una utopía, a pesar de la

¹⁷ Véanse las reflexiones sobre este tema de A. Camus: «Los dioses habían condenado a Sísifo a subir sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Había pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza» (*El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Madrid 1988, 157). Es el héroe, por tanto, del absurdo y de la insensatez.

¹⁸ V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1995, 98. Sobre este autor puede verse J. GARCÍA ROYO, *Viktor Frankl. Esbozo de patodicea*: Revista de Espiritualidad 49 (1990) 175-195. De ello he tratado en *Fundamentación de la ética cristiana*, San Pablo, Madrid 1994, 45-67. Además de la bibliografía allí citada, puede verse con posterioridad: M. CABADA CASTRO, *Querer o no querer vivir. El debate sobre Schopenhauer, Feuerbach, Wagner y Nietzsche sobre el sentido de la existencia humana*, Herder, Barcelona 1994; O. GONZÁLEZ, «Navegar es necesario. Vivir no es necesario». *Reflexión sobre el sentido de la ética*: Salmanticensis 43 (1996) 365-394; J. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Trascendencia y sentido de la vida. Una respuesta desde la filosofía de Gabriel Marcel*: Studium Legionense n° 38 (1997) 11-41.

realidad limitada, pues, como diría Bloch, «las mandíbulas de la muerte aniquilan todo»¹⁹. Y nadie llega a intuir estas posibilidades sin ayuda del ambiente social en el que se encuentra sumergido. La cultura para el grupo viene a tener, entonces, las mismas funciones que el proyecto existencial para el individuo: da sentido y estructura la vida de acuerdo con determinados esquemas; jerarquiza las decisiones en función de aquellos valores que considera preferentes; ofrece alternativas para enfrentarse con el misterio. Nuestro mundo interior asimila sin esfuerzo aquellos elementos que forman parte del legado transmitido por la sociedad, pues apenas se hace resistencia al clima ideológico que se respira. Y lo que hoy predomina no estimula ni favorece esta búsqueda de sentido.

Se ha insistido mucho en la debilidad del pensamiento postmoderno. De la exaltación y apogeo de la razón humana, que había fomentado la modernidad, se ha pasado al pesimismo y desconfianza en la cultura actual. Ya no existen las grandes visiones universales, como un programa coherente que orienta la vida, sino actitudes realistas y pragmáticas para resignarse con lo poco que en cada momento se pueda conseguir. Todo proyecto idealista y utópico está condenado al fracaso. La era de los grandes relatos o de las síntesis armónicas pertenece a una época superada. Sería ingenuo reconstruir la unidad perdida cuando sólo quedan fragmentos aislados. No hay razón para creer en algo que pudiera servir de fundamento. La fragmentación y el pluralismo forman parte inevitable de nuestra condición actual. Cualquier nostalgia de la unidad y armonía perdida no tiene ninguna justificación.

Si la época de las verdades absolutas pertenece al pasado, en el que se buscaban garantías con una consistencia dudosa, ya no se puede reivindicar la incondicionalidad de ningún principio como el único depositario para el discernimiento de la maldad o del bien. Nada hay definitivo, pues todo puede cambiarse con el tiempo y las circunstancias. La única obligación es la renuncia a cualquier tipo de dogmatismo como un signo de respeto hacia otras mentalidades y como una confesión explícita de nuestra propia incapacidad para la búsqueda de seguridades. Del hombre orgulloso por sus conquistas y descubrimientos no queda ya nada más que una imagen triste y despojada de su antiguo esplendor, donde todo se ha relativizado para quedar en manos de la provisionalidad. Tampoco se aprecia la coherencia de los criterios dentro de una síntesis armoniosa. Cada uno puede elegir entre las múltiples ofertas que se presentan aquellas que en cada momento le parezcan más seductoras, sin preocuparse por la armonía e integración del conjunto. La obsesión por el esteticismo ético o ideológico, donde todo se encuentra bien encajado, es un intento por escaparse

¹⁹ E. BLOCH, *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid 1980, vol. III, p.205

del destino desgarrado y del asedio de tantas sospechas como hoy nos amenazan. La clave está en vivir cada momento sin ninguna referencia. Vivimos, para sintetizarlo en unas palabras, en la edad del fragmento, de lo parcial y provisorio, de lo débil e inconsistente, de la inseguridad y de lo relativo²⁰.

En otros momentos anteriores, la dimensión trascendente y religiosa ofrecía estabilidad y una fuerte garantía, a pesar de las impurezas y falsificaciones con las que se expresaba la fe. Dios queda ahora bastante eclipsado en el horizonte cultural de nuestra sociedad. Se creía que su muerte, como ya lo había preconizado Nietzsche, había de ser la resurrección de lo humano. Pero el pronóstico no ha resultado tan cetero. «Encontrar sentido dentro del sin sentido básico en que nos movemos»²¹, tal vez no sirve nada más que para aquello de «ponte la máscara y ven al baile», aunque «de lo que se trata fundamentalmente es de ocultar el cadáver, de emparedarlo en el muro con que acotamos nuestro carnaval»²². Es cierto que no todo el mundo respira de la misma manera, pero será difícil negar que estos aires soplan con demasiada frecuencia y provocan en muchos vacío y soledad existencial. Hay otros narcóticos menos peligrosos, sin duda, pero el que no se sienta profundamente reconciliado con la vida —y con la muerte, que forma parte de ella— buscará la felicidad por otros caminos. Yo creo, incluso, que, al margen de la fe, es posible esta reconciliación. Por eso me parece sensata la postura de cierto agnosticismo: «A veces aparece el cansancio de la finitud, que se traduce en el desconsuelo y zozobra ante la vida; pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito»²³. Pero hay que reconocer también que la dimensión religiosa y trascendente favorece aún más el abrazo gozoso con la realidad.

Aspectos personales

En una cultura, donde faltan ideales y motivaciones capaces de estructurar la propia vida, no tiene por qué extrañar la búsqueda de paraísos perdidos que liberen de la realidad molesta e insostenible. No es sólo el problema de las drogas, sino de tantas otras alienaciones que intentan encontrar salidas de emergencia, cuando los mecanismos normales resultan ineficaces para superar las inevitables tensiones.

²⁰ G. LIPOVETSKY, *La edad del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986; G. VATTIMO- P.A. ROVATTI (eds.), *El pensamiento débil*, Cátedra, Madrid 1988.

²¹ J. SÁDABA, *Saber morir*, Edic. Literarias, Madrid 1991, 66.

²² F. SAVATER, *Sobre vivir*, Ariel, Barcelona 1994, 330 y 332.

²³ E. TIERNO GALVÁN, *¿Qué es ser agnóstico?*, Madrid 1976, 82.

La ambigüedad del placer

El desarrollo económico ha fomentado una sociedad del bienestar. No se quiere conseguir la simple subsistencia, como en las sociedades pobres, sino que se aspira a una calidad y nivel de vida que elimine el mayor número de incomodidades. Sería absurdo renunciar al progreso, pero más insensato aún es volverse intolerante frente a cualquier tipo de frustración. Como si fuera posible encerrarse en una burbuja artificial para eludir el más mínimo contagio. Es el mito del paraíso perdido, del que hablan los psicólogos. Un sueño infantil por recuperar de nuevo un estado donde no afecten las dificultades ni las aristas dolorosas de la existencia; como una vuelta a los tiempos primitivos del seno materno, cuando no se experimentaba aún el roce de la vida. Como nadie se resigna a pactar con la realidad, tal y como es, queda siempre por dentro una nostalgia de que algún día será posible semejante ilusión.

En este contexto, la presencia del placer se hace seductora. Viene como mesías que, en medio del dolor y de la limitación, presenta una oferta maravillosa. Su mensaje está lleno de optimismo, pues promete sacar de la realidad poco gratificante hasta un mundo donde no quede espacio para la insatisfacción. En la cara sonriente del placer no hay ningún gesto de amargura ya que, de lo contrario, nadie se sentiría atraído por su mensaje. Lo que pretende es llenar tantos vacíos y necesidades que todavía no han encontrado respuesta. El deseo de disfrutarlo supone la conquista de una meta soñada que nunca desaparece por completo del corazón: colmar el ansia de felicidad. La persona se siente invitada a sumergirse en una experiencia que le conduce al olvido de otros muchos problemas y elimina las dificultades. Allí experimenta una alegría acogedora, donde parece que nada podrá molestarle en el futuro. Es un momento para gozar, sin pasado ni futuro, en el que quisiera instalarse de forma definitiva. Por el momento, es la única alternativa que resuena por dentro como la mejor solución.

Pero es aquí, precisamente, donde radica su enorme ambigüedad y se constata la falsedad de sus promesas. Ofrecía escaparse de la realidad, un mundo diferente donde la felicidad fuera posible y definitiva, un alivio eficaz contra el aburrimiento y monotonía del vivir. Sin embargo, cualquier experiencia placentera es inevitablemente caduca y transitoria, como todos podemos constatar en innumerables ocasiones. El placer, por su propia naturaleza, es también frágil, quebradizo, momentáneo. Poco tiempo después de la entrega en sus brazos para disfrutar con un mundo tan distinto del que nos había rescatado, como repetía en sus constantes insinuaciones, nos despierta como de un sueño y nos arroja de nuevo a la misma realidad de la que deseábamos huir y escaparnos. Lo que parecía suficiente para hacernos felices termina provocando una mayor desilusión posterior. Cuando la felicidad parecía estar al alcance de la mano, todo cae por tierra y la vemos otra vez alejarse, como si tratara solamen-

te de jugar con nuestros propios sentimientos o se aprovechara de nuestra ingenua credulidad. Es el dolor de quien se siente engañado, sin haber tenido con anterioridad ninguna sospecha.

Por eso, aunque parezca extraño, el placer se manifiesta como el mayor enemigo de la felicidad, pues intenta reducir, en un espacio caduco y transitorio, un ansia que no tienen límites; pretende apagar la sed insaciable con una gota de satisfacción, que terminan por dejar más sediento. Así, la promesa de salvación que anuncia se convierte en un pequeño infierno, por exigirle a él lo que no puede proporcionar. No hay que ser masoquista ni buscar el dolor para reconocer que la experiencia placentera es también pequeña y limitada. Es cierto que descansa, tonifica, alivia y recompensa, pero cuando la vida se sostiene sobre otros apoyos más firmes, cuando no substantiva, como algo importante, aquello que sólo es un simple adjetivo de la existencia.

La debilidad del psiquismo humano

Todo lo dicho con anterioridad tiene su aplicación en el desarrollo del psiquismo. La debilidad del pensamiento postmoderno, que no descubre motivaciones básicas para vivir; la búsqueda de un bienestar progresivo que no tolera ningún límite voluntario, configuran psicologías que hacen intolerable cualquier tipo de frustración²⁴. Cuanto mayores son las posibilidades de todo orden, mucho menos se aguanta la carencia. La educación que se impone en muchos hogares es que al niño no le falte nada, ni que sus deseos puedan quedar insatisfechos. Incluso, ante la menor contrariedad que la vida le presente, hay que compensarlo de inmediato para aliviarle el peso. Tal vez habría que repetir con más fuerza que nunca, un principio pedagógico excesivamente olvidado. El ser humano no madura sino en la medida en que se reconcilia con su propia finitud, acepta las frustraciones inevitables de la vida, renuncia cada vez más a sus sueños infantiles de omnipotencia, no busca salidas falsas para no encontrarse con la verdad que le molesta.

Para esta reconciliación amorosa y con una cierta dosis de humor, las ayudas son imprescindibles. Por una parte, es necesario experimentar el calor, la acogida, el cariño, la presencia de alguien que da seguridad y estimula a la superación de las primeras dificultades²⁵. La dureza puede ser excesiva si no se compensa con gratificaciones afectivas. El odio y la agresividad no son nada más que consecuencias de un amor frustrado, de tantas esperanzas que se rompen y se quedan a medio camino. Las estadísticas demuestran que, incluso,

²⁴ Véase el análisis que hace de la sociedad actual T. ANATRELLA, *Contra la sociedad depresiva*, Sal Terrae, Santander 1995.

²⁵ Cf. M. CABADA, *La vigencia del amor. Afectividad, hominización y religiosidad*, San Pablo, Madrid 1994.

en el mundo de la marginación, donde los recursos económicos son menores, la droga hace estragos. Se trata de un colectivo huérfano de afecto en la familia que no le ha ofrecido esta alimentación primera e insustituible; excluido de la sociedad, a la que no tiene acceso, por carecer de los derechos que otros muchos han disfrutado; abandonado a su suerte, porque nadie se preocupa de las situaciones difíciles en que se encuentra. Cuando esa necesidad de amor no halla respuesta, la reacción se hace comprensible. No sólo se rechaza a la familia y a la sociedad que han originado la desilusión y el vacío interior, sino que nace un deseo de venganza y aniquilamiento contra esas instituciones que fallaron en su cometido. Las ganas de hacer daño, de llamar la atención, de romper las normas sociales de convivencia, son las manifestaciones de un fracaso afectivo. La persona que se siente excluida del amor que busca y necesita es muy difícil que termine por amar a los que la han marginado. La droga, como el sexo, aparece entonces como un horizonte más atractivo que alimentarse con el rencor y el odio que destruyen por dentro.

Pero, por otra parte, como ya dije, tampoco hay que caer en el extremo contrario. El intento por evitar a toda costa cualquier pequeño fracaso o frustración puede conducir, aunque por otro sendero opuesto, al mismo punto de partida que el anterior. Ahora la preocupación para que nada falte, hasta de las cosas más secundarias, rodea al psiquismo de una atmósfera artificial, como la de los niños burbujas, que impide todo contacto con el realismo de la vida. El día, sin embargo, que descubran sus aristas y limitaciones, estarán muy poco preparados para afrontar lo que de ninguna forma se imaginaban. El más mínimo contagio, que es inevitable, provocará la enfermedad, pues no poseen los anticuerpos suficientes para su defensa. Y cuando cualquier limitación se hace intolerable, habrá que buscar también otro tipo de compensaciones o huidas. Llama la atención que en los países más desarrollados, donde la abundancia de bienes materiales no falta, el índice de suicidios es mayor, porque la riqueza no basta para vivir felices²⁶.

La psicología de cada persona es diferente y, por eso, su reacción ante los diversos problemas no siempre es la misma. Fracasos, soledades, agresividades ocultas, esperanzas rotas, búsqueda de autonomía, deseos de curiosidad, compensaciones inconscientes, desgracias de toda índole, etc., son patrimonio universal de todos los humanos. Por qué en unos casos las mismas circunstancias conducen a situaciones límites, como la toxicomanía, y en otros, no se llega a tanto, tendrá su explicación en la complejidad de nuestros mecanismos y condicionantes. En cualquier hipótesis, una campaña preventiva se impone²⁷,

²⁶ De ello he tratado en *Ética y vida: desafíos actuales*, Paulinas, Madrid 1993, 199-213.

²⁷ AA.VV., *Juventud y droga. Perspectivas para una política de prevención*: De Juventud n° 17 (1985); AA.VV., *Contra droga: educación preventiva*: Misión Joven n° 189 (1992); E.

como ya se va haciendo, pero sin olvidar algunos aspectos que recojo a continuación.

Algunas conclusiones básicas

Si en el problema de la droga, como hemos apuntado, interfieren factores económicos, culturales y psicológicos, la solución no hay que buscarla por un solo camino. Los tres elementos están de tal manera implicados que la lucha y prevención no puede orientarse hacia ninguno en particular. Esta complejidad hace que los enfoques y valoraciones no sean siempre unánimes. En cualquier caso, existen algunos puntos en los que todos podemos coincidir.

El descubrimiento de las raíces sociales

Se requiere un convencimiento social amplio de que la drogadicción es un fenómeno creado por la propia sociedad, en el que todos estamos implicados. Frente a las respuestas viscerales y los miedos de quien deja caer la responsabilidad sobre las instituciones —gobierno, jueces, policía...— nadie debe eximirse del esfuerzo común por crear un ambiente que no favorezca esta experiencia. La propuesta de algún ideal que atraiga y seduzca es un trabajo prioritario. La sociedad se ha vuelto demasiado cómoda. Aunque parezca un poco rancio, existe un hedonismo exagerado, que solo piensa en pasarlo bien, y es lógico que, cuando otras posibilidades humanas están ausentes, se busquen las gratificaciones por otros caminos desviados. El paro, la desmotivación radical ante la vida, el contagio de las pandillas, el vacío afectivo, el rechazo sociológico o familiar por diferentes razones, el viaje hacia lo desconocido, la atracción por la anomía que rompe las normas sociales, y otros múltiples factores que todos conocemos, son la tierra adecuada donde se implanta la droga. Como en otros conflictos, hay que descubrir las raíces más profundas de esta semilla y evitar los abonos que producen su crecimiento.

Hacia una legislación más eficaz y adecuada

Si el comercio ilegal crea serios conflictos, se impone también una cooperación a escala internacional. Hoy existe el convencimiento de que un control eficaz entre los diferentes países se hace difícil con la legislación particular de cada uno. Los artistas del fraude saben muy bien cómo han de moverse para

GONZÁLEZ GARCÍA- P. PÉREZ DEL VILLA *Formación de profesores y prevención de drogodependencia. Resultado de un estudio de campo: Cuadernos de Realidades Sociales* 43-44 (1994) 229-241.

escapar de la justicia y aprovecharse de los vacíos legales²⁸. La actividad criminal nunca deberá ser una industria legítima para nadie pues, aunque reportara beneficios económicos para la nación, las consecuencias tienen resonancias extraterritoriales. Cómo cambiar el sistema de producción para que los beneficios se obtengan por otros cultivos es algo que sobrepasa también la política de un solo gobierno. Y, dentro del propio territorio, la existencia de paraísos fiscales donde se blanquea el dinero negro, el negocio de ciertos bancos y la corrupción de los que toleran el tráfico ilegal de estupefacientes por algún interés personal, exigiría un estricto control de las autoridades competentes.

Sobre la conveniencia de legalizar, al menos las drogas blandas, no existe tampoco un criterio unánime. Hasta ahora, la política represiva ha fracasado, pero muchos creen que con la tolerancia los efectos negativos no disminuirían. Todos están de acuerdo en que, de esta forma, el negocio del narcotráfico tendría necesariamente que reducirse, se evitaría también la adulteración del producto, y su precio en el mercado sería mucho menor. Pero discrepan en cuanto a otras posibles consecuencias, como el aumento o descenso del consumo ante la mayor facilidad en conseguirla; el posible riesgo de pasar a otros productos más perniciosos, después de haberse iniciado con los menos nocivos; el coste social que supondría para el Estado una política represiva o despenalizadora; y cómo se defiende mejor la salud pública, frente a la amenaza de la toxicomanía y la presencia de sujetos enfermos y desintegrados. Tal vez habrá que continuar una reflexión serena, sin miedos, y apoyada en experiencias concretas y no en simples ideologías, como si una mentalidad progresista o conservadora estuviese unida a su aceptación legal o rechazo. La verdad es que, hoy, la mayoría aún juzga que su legalización traería mayores inconvenientes que el actual sistema penal e intervencionista²⁹.

Responsabilidad social frente al drogadicto

Finalmente, tampoco hay que olvidar la psicología del toxicómano, que requiere una reestructuración difícil y prolongada. Cuando una conducta, en cualquier ámbito de la vida, esclaviza hasta despojar de la libertad, no estamos ya ante un perverso, sino ante un enfermo³⁰. Existen muchos comportamientos

²⁸ Cf. M. GALLEGU DÍAZ, *La contrarreforma del tráfico de DROGAS*: Razón y Fe 219 (1989) 32-42J; A. BLUM, *Soberanía y justicia: la utilización de la ley por parte de las organizaciones criminales internacionales. Algunas propuestas de solución*, AA.VV., o. c. (n.7), 243-250.

²⁹ Pueden verse las diferentes opiniones en J. PANIAGUA, o. c., (n. 13); P. REUTER, *El debate sobre la legalización*, Gobierno Vasco, Vitoria 1994; A. ESCOHOTADO, *Conjeturas y experiencias*, en AA.VV., o. c. (n. 7), 165-172; F. CALVO GÓMEZ, *La imagen social del toxicómano y la legalización de las drogas*: Estudios de Deusto 44 (1996) 121-174.

³⁰ B. CHARRO BAENA, *Dinámica psicológica de los toxicómanos*: Miscelánea Comillas 52 (1994) 81-111 y 381-399, con bibliografía sobre el tema.

conscientes que escapan, sin embargo, al 'control del sujeto. Aquí tampoco la voluntad puede ser el último recurso, si con anterioridad no se han eliminado otros factores condicionantes. La culpabilidad de estos individuos podría situarse mucho más en aquellos momentos primeros de abandono, descuido y curiosidad, cuando todavía era posible un control responsable, pero no se quiso un cambio de rumbo. Lo importante, sin embargo, no es valorar el grado de su responsabilidad, pues el ser humano actúa siempre con una mezcla de luces y sombras, de cobardía y buenos deseos, cuyas fronteras permanecen en la penumbra.

Frente a una persona, rota por la esclavitud que la destroza y perdida en un laberinto sin salida, no cabe el menosprecio o la despreocupación, sino el ofrecimiento de todas las ayudas que necesita. No hay que crear demasiadas expectativas de curación, pues para salir de ese círculo infernal no basta un simple tratamiento que aleje de las ocasiones y supere la dependencia física y psicológica que se habían creado. Junto a la desintoxicación, se requieren otros múltiples apoyos que no siempre se ofertan al drogadicto por quedar para siempre estigmatizado. Como miembro de la sociedad y, en parte, como fruto de ella, no hay derecho a marginarlo aún más, cuando pretende enderezar de nuevo su vida. Y si las circunstancias que le llevaron a esa situación, continúan siendo las mismas, es como brindarle calor sin sacarlo del hielo que lo congela.

Conclusión

Siempre será un misterio el porqué, dentro de un mismo ambiente y con parecidos condicionantes, unos individuos caen sometidos al poder deshumanizante y dictatorial de las drogas, y otros consiguen orientarse por otros caminos. La complejidad del psiquismo humano y la presencia de otros factores, que resultan desconocidos, explicaría esta aparente paradoja. Pero ya hemos dicho que no hay que esperar, sino prevenir. Y para ello hay que tener en cuenta los diferentes aspectos que explican este mundo oscuro para luchar en todos los frentes.

Antes se decía que la religión era el opio del pueblo, como un narcótico que sacaba de la realidad y engañaba con sus ilusiones las esperanzas humanas. No pretendo condenar esta crítica que ha tenido, en ocasiones, su justificación histórica, pero sería mucho más trágico y lamentable que, poco a poco, el opio se convierta ahora en la religión de nuestro mundo.